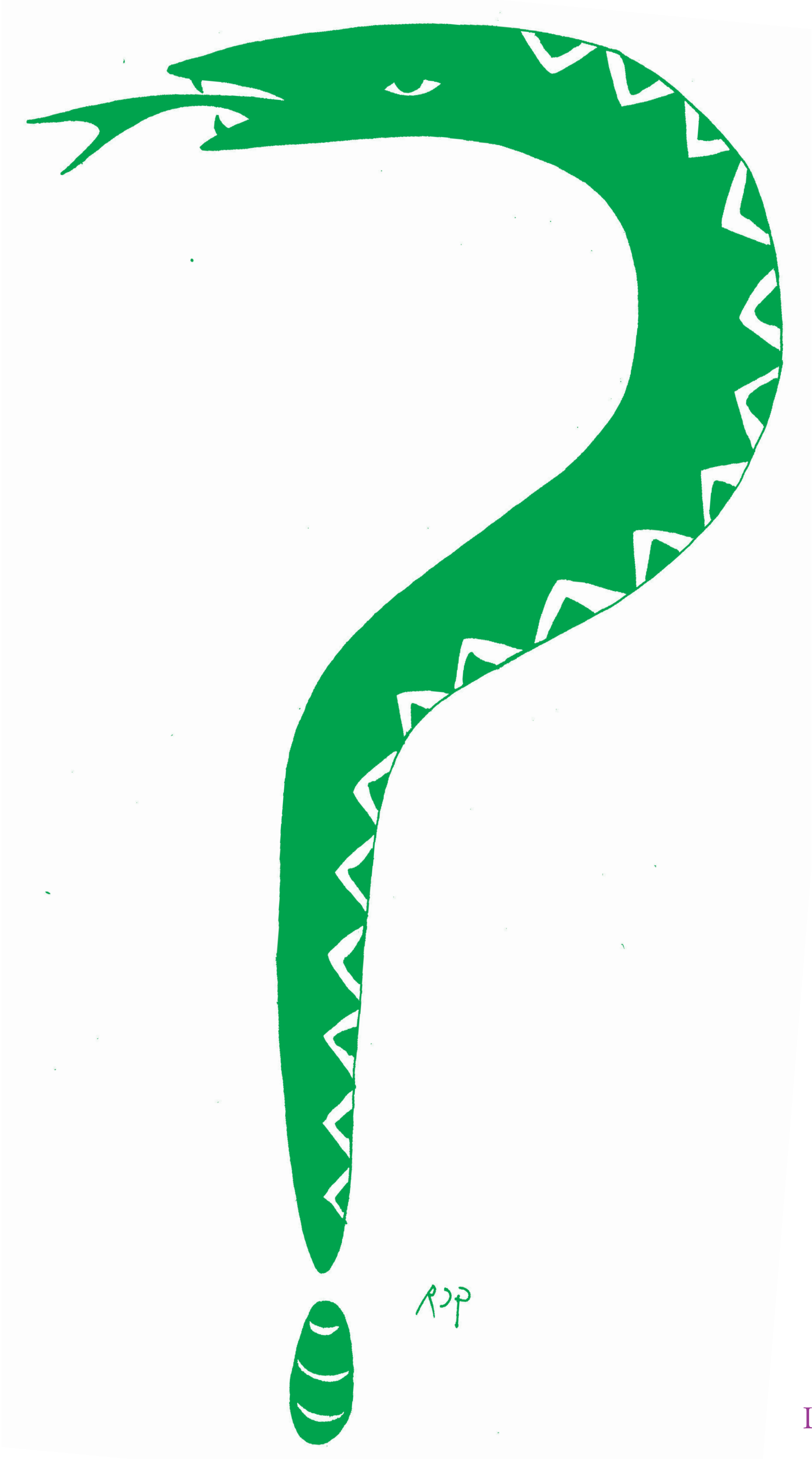
JOSÉ PABLO FEINMANN

LA FILOSOFÍA Y EL BARRO DE LA HISTORIA

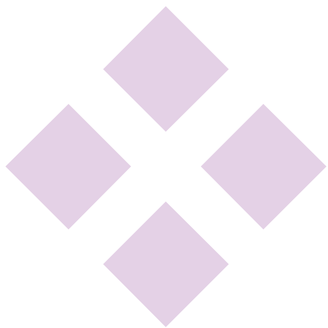
CLASE N° 48

EL FIN DE LA POSMODERNIDAD (III)



Suplemento especial de **Página/12**

QUÉ ES LA FILOSOFÍA
Una introducción al saber de los saberes



Sería injusto no otorgarle a Gianni Vattimo el lugar relevante que merece entre los filósofos posmodernos. Según creo es el que más se ha esforzado por ligar su pensamiento al de los dos maestros incómodos pero indiscutibles de todo el pensamiento posmarxista: Nietzsche y Heidegger. Si alguien se incomoda por esta conceptualización –*pensamiento posmarxista*– será porque aún no la explicité, posiblemente acotándola con cierto rigor. La caída del bloque soviético arrastró a la filosofía marxista. A partir de mediados de los sesenta y a través de los setenta y los ochenta y hasta hoy los filósofos buscaron pensar el mundo dejando de lado un par de elementos fundamentales de Marx: la sustancialidad de la historia, la dialéctica, la lucha de clases. Creo que he desarrollado ampliamente esto. Los posmodernos no se empeñan –como, lo hemos visto, se empeñaba Foucault– en fundamentar una alteridad al marxismo. Foucault aún lo tenía cerca a Sartre. Los posmodernos –insisto– piensan en un mundo ya decidido. Es el mundo del posmarxismo. Tendrán que hacer algo con la historia. El marxismo *es* o *fue* una ineludible lectura de la historia porque su sujeto, el proletariado, era, en ella, sometido, expoliado por la burguesía. Esa historia –proponía el marxismo– debía ser transformada. Se acabó. No hay nada que transformar. El capitalismo se ha impuesto. Y ahora se trata de ver cómo es el mundo que ha surgido de esa *resolución* histórica. La muerte del marxismo terminó siendo la muerte de la historia. ¿Qué lectura merece esto? Muy simple: si los posmodernos matan la historia, la congelan, la adelgazan, la ponen en huelga, en el momento en que, por decirlo llanamente, el capitalismo ganó la partida, están arrojando a una eterna condena a quienes fueron derrotados en *esa* partida. Los obreros de este mundo se quedaron sin historia. Y la *historia* era precisamente el lugar en el cual habrían de "librarse de sus cadenas", que eran, ¿recuerdan?, lo único que tenían para perder. *Ahora perdieron todo pero conservan sus cadenas, lo único, acaso, que no perdieron.* Al quedarse sin historia permanecerán siendo lo que son para la eternidad. Los pobres serán pobres para siempre. Los ricos serán ricos para siempre. Cuesta creer que los posmodernos no hayan advertido el costado clamorosamente *conservador* de sus planteos. Decir que la historia murió es "conservarla" tal cual está. Si murió después de la caída de la ideología que (por torpe o abominable que haya terminado siendo) tomaba partido por los pobres es "conservarla" para los ricos triunfantes. La historia que los posmodernos licuaban sorprendía a los poderosos en el mejor de sus momentos y a los perdedores, a los miserables, a los excluidos, a todos los pobres tipos de este ancho mundo, en el peor. Era como para que dijeran: "¡Qué desgracia! Se terminó la historia y yo sin salir de pobre". No hay nada peor que la muerte lo agarre a uno en un mal momento. O en un momento en que estaba por cambiar. Porque también algunos habrán dicho: "¡Qué desgracia! Se terminó la historia y justo me estaban por aumentar el sueldo". Hay un personaje de Osvaldo Soriano que, en una película de Héctor Olivera (*Una sombra ya pronto serás*), recibe un balazo en el pecho. Creo que en la novela de Osvaldo el pasaje no estaba y lo metió Tito Cossa en el guión, que él escribió. Era un atorrante que hacía Luis Brandoni. El tipo venía caminando feliz a campo abierto, canturreando. Suena un balazo. Sangre en medio del pecho. El tipo cae de rodillas. Se siente morir y dice: "¡Justo cuando había dejado el cigarrillo!".

EL DECURSO ÚNICO Y NECESARIO DE LA HISTORIA

Hemos visto lo escasamente preocupado que lucía Lyotard por esta inexorabilidad del destino de los miserables; lo hemos visto analizar, incluso, que la brecha entre países desarrollados y países en "vías de desarrollo" habría de ampliarse cada vez más. Veamos ahora a Vattimo asombrarse porque aún hay personas que emplean la palabra *reaccionario*. De hecho, confieso, me siento algo incómodo, pues acabo de decir que los posmodernos, al congelar la historia, la "conservan", es decir, la "fijan" en un momento en que los poderosos han logrado un enorme triunfo. Sentiría haberles dicho algo tan torpe como *reaccionarios*. Porque esta palabra ya no hay que decirla. No hay más *reaccionarios*. El razonamiento de Vattimo es correcto: para que uno le diga a otro "reaccionario" tiene que creer que la historia progresa, que es una línea tendida hacia el futuro, que la historia tiene un decurso, un devenir, una continuidad unitaria y que esa continuidad expresa lo esencial de ella: su progreso. "Progresista" es el que se instala en la línea del devenir, en la línea del progreso. "Reaccionario", el que adhiere a valores que quedaron atrás. Es, dice, Vattimo, "una ofensa llamarle a uno 'reaccionario'" (Gianni Vattimo y otros, *En torno a la posmodernidad*, Editorial Anthropos, Barcelona, 1990, p. 9). Esa ofensa se basaría en la creencia absurda de que la modernidad no ha muerto. Pero ha muerto. "La modernidad (dice Vattimo) deja de existir cuando –por múltiples razones– desaparece la posibilidad de seguir hablando de la historia como una entidad unitaria" (*Ibid.*, p. 10). Recurre entonces a un gran pensador marxista para poner una piedra más sobre la tumba del marxismo. "Así, Walter Benjamin, en un breve escrito del año 1938 ('Tesis sobre filosofía de la historia'), sostenía que la historia concebida como un decurso unitario es una representación del pasado construida por los grupos y las clases dominantes" (*Ibid.*, pp. 10/11). De esta forma entra Benjamin en la órbita posmoderna. Ante todo, mal fechado. Las *Tesis* son de los últimos meses de 1939 y los primeros de 1940. En abril de 1940 le escribe a Gretel Adorno: "La guerra y la constelación que la rodea me han llevado a poner por escrito algunos pensamientos que había guardado en mi interior en los últimos veinte años, guardándolos incluso de mí mismo" (Reyes Mate, *Ob. cit.*, p. 13). 1938, la fecha que fija Vattimo es ésa en que Benjamin decide quedarse en Europa. Esa en que le escribe a Adorno: "Todavía hay posiciones que defender en Europa". Benjamin se refiere a las *Tesis*, por primera vez, en una carta a Adorno del 22 de febrero de 1940. En ella aclara que su propósito es diferenciarse del "marxismo vulgar". Y también del "positivismo" (Michel Löwy, *Ob. cit.*, p. 37). Pero Vattimo, sagaz, toma a este purísimo teórico marxista y lo vuelve contra sí mismo, contra lo que él pretendía autocriticar, pero no abandonar. Es inimaginable en Benjamin una negación de la historia, aunque negara, desde luego, su "decurso unitario". Entre otras cosas porque la historia lo mató. Pero las *Tesis* son parte del paisaje posmoderno y posestructuralista de deconstrucción de la historia. Desde este ángulo Benjamin es sumado a Adorno como "marxistas posmodernos". Uno, Adorno, como crítico de la Ilustración. El otro, Benjamin, como deconstructor de la historia.

¿En qué sociedad vivimos?, se preguntará Vattimo. ¿Qué sociedad es ésta en que la historia se ha adelgazado hasta tan extremo punto? "Yo sostengo (dice) que el término posmoderno (...) está ligado al hecho de que la sociedad en que vivimos es una sociedad de la comunicación generalizada, la sociedad de los medios de comunicación ('*mass media*')" (*Ibid.*, p. 9). Estos *mass media* son también privatizadores. La televisión e Internet conducen al interior de la casa, a la vida privada que exaltó Michelle Perrot. También Vattimo (cuyo trabajo es posterior al de Perrot) lamenta haber aprendido en la escuela "muchas fechas de batallas, tratados de paz, incluso revoluciones" (*Ibid.*, p. 11. Qué molestia: revoluciones, ese intento melodramático por trastrocar totalidades históricas en lugar de ver que la historia nunca es "total" sino fragmentaria, urdida por relatos pequeños, por zonalidades parciales, nunca por *un* idioma sino por miles de dialectos). "Pero nunca nos contaron las transformaciones en el modo de alimentarse, en el modo de vivir la sensualidad o cosas por el estilo" (*Ibid.*, p. 11). Vattimo se presenta como un pensador con sensibilidad "por los pobres", esos que "no hacen historia". Rescata incluso a Marx como un pensador valioso. Hemos visto que este tipo de pensadores incurren en esa modalidad: Marx sí, el marxismo no. O parte de Marx. Sin embargo, es una impostura la de Vattimo. Para el problema que a él le importa (disolver el decurso necesario de la historia) Marx no le sirve en absoluto. *Marx siempre creyó en el decurso necesario de la historia*. Falsea las cosas Vattimo cuando escribe que Marx y Nietzsche iniciaron, antes que Benjamin, el camino que éste tomó. Nietzsche, sin duda. Pero no Marx. La tarea de Vattimo –por el contrario– hiere a Marx y al marxismo dogmático (Engels, Lenin) en su punto más endeble: el despliegue dialéctico, inmanente y necesario del desarrollo histórico. Marx nunca cambió este punto de vista. "No existe una historia única (dice Vattimo), existen imágenes del pasado propuestas desde distintos puntos de vista" (*Ibid.*, p. 11). Nadie podría negarle esto. Es más: estamos totalmente de acuerdo con él. Vattimo nos va a ofrecer seguidamente lo mejor que –a mi juicio– entregó la posmodernidad: la crítica no sólo del *decurso necesario* de la historia, sino la de su *centralización en el hombre europeo*. Y del despliegue de su civilización como el despliegue del Progreso. Prestémosle atención: afirma que la idea del decurso único de la historia implica la idea de progreso.

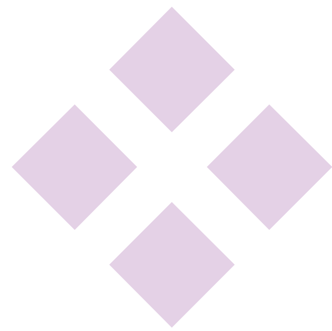
MARX, SARMIENTO Y LA CIVILIZACIÓN EN EL PLATA

Voy a ser temerario: piensen en Sarmiento, para algo somos argentinos y tenemos que pensar en *situación*. ¿Qué era la "civilización" para Sarmiento? Era el progreso. ¿Qué era el progreso? Era el desarrollo de la civilización europea. Sarmiento creía *poderosamente* (y con él toda la clase dominante de Buenos Aires que ganó la guerra civil del siglo XIX) en el decurso necesario de la historia. Europa lo encarnaba. Ese "decurso necesario" era el de la civilización. Integrarse a él era sumarse a la civilización y alejarse de la barbarie. O sea, el esquema sarmientino-mitrista de *civilización y barbarie* tiene como fundamento una visión de la historia como *decurso unitario del progreso europeo*. Vattimo une bien las nociones de: A) decurso unitario de la historia; B) progreso; C) finalidad o fin hacia el que se dirige la historia. "Filósofos de la Ilustración" (escribe), "Hegel, Marx, positivistas, historicistas de todo tipo pensaban más o menos todos ellos del mismo modo que el sentido de la historia era la realización de la civilización, es decir, *de la forma del hombre europeo moderno*" (*Ibid.*, p. 11., cursivas mías). También lo pensaban Sarmiento, Mitre, Alberdi y toda la generación del '80. Fue en nombre de esa *filosofía de la historia* que se aniquiló al gauchaje federal luego de Pavón (1861, en la llamada por Mitre "guerra de policía"), que se hizo "la conquista del desierto" (que fue un genocidio al que David Viñas llama "etapa superior de la conquista de América") y que se festejó el Centenario como la utopía realizada de la pertenencia de nuestro país al desarrollo de la civilización, al decurso unitario de la historia y a su correspondiente idea de Progreso que Europa encarnaba. Al ser Marx el ala izquierda de ese decurso unitario, de ese progreso necesario de la civilización europea que, si triunfaba en todo el planeta, generaría al *proletariado universal y moderno* que arrasaría con el orden burgués, al ser Marx víctima de esa dialéctica, que era, la dialéctica sin más, la dialéctica hegeliana del Espíritu Absoluto hecha dialéctica *materialista* de la historia, no resulta extraño que sus esquemas coincidieran con los de Sarmiento, que veía ese *desarrollo* desde el punto de vista del desarrollo de la civilización burguesa. Lo lamentable es que los teóricos marxistas latinoamericanos (salvo, con matices, Mariátegui) copiaran, incorporaran dogmáticamente la dialéctica histórica de Marx acerca del decurso unitario y necesario de la civilización burguesa y acabaran, en el mejor de los casos, como el ala izquierda del *Facundo* o de los ensayos históricos de Mitre, desde José Ingenieros a Milcíades Peña, por citar a dos de los más talentosos. (*Nota:* Sé que un par, no más, de marxistas nacionales me detestan por decir estas cosas. Es muy simple: admiro y respeto a Marx lo suficiente como para poder decirlas. Es más simple aún: busquen en mi praxis intelectual y política algo que me encuentre alejado de la izquierda o de las causas populares que Marx –haya escrito lo que haya escrito sobre las colonias– representa y representará. Se lo intenta rescatar con un texto tardío, una carta a Vera Zassoulitch acerca de la comuna rural rusa, con algún texto de los *Grundrisse* y con los escritos sobre Irlanda, que son, en efecto, correctos y más aún pero sólo tratan de la cuestión irlandesa. Marx no los aplicó a las colonias ni el conflicto irlandés le sirvió para revisar su visión dialéctico-unitaria- eurocéntrica de la historia. Espero desa-

rrollar estos temas –como ya lo dije en los pasajes dedicados a Foucault– en una obra en preparación: *Crítica de la razón imperial, bases para una filosofía de la periferia.* También dije que es un proyecto que ya anunciaba en 1971. Y hasta cité el pasaje en que lo hacía. Tal vez –a fuerza de anunciarlo– lo realice alguna vez.)

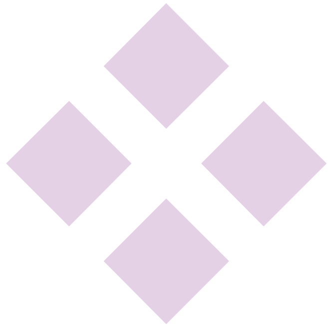
Seguimos con Vattimo: "Como la historia se concibe unitariamente a partir de un punto de vista determinado *que se pone en el centro* (bien sea la venida de Cristo o el Sacro Romano Imperio, etc.), así también el progreso se concibe sólo asumiendo como criterio un determinado ideal del hombre; pero habida cuenta de que en la modernidad ha sido siempre el del hombre moderno europeo –como diciendo: nosotros los europeos somos la mejor forma de la humanidad–, todo el decurso de la historia se ordena según se realice más o menos completamente ese ideal" (*Ibid.*, p. 12). En 1996 escribí un nuevo prólogo a *Filosofía y nación* y suprimí el que tenía en sus ediciones anteriores. En el prólogo citaba estos pasajes de Gianni Vattimo. Me habían interesado tanto como para eso. Dije que, en *Filosofía y nación* (que escribí entre 1970 y 1975 y publiqué recién en 1982, cuando la furia asesina de la dictadura había amainado algo), se cuestionaban las *filosofías de la historia*. "Alberdi y la generación del '37, y Sarmiento en el deslumbrante *Facundo* imaginaron nuestro desarrollo histórico (sus condiciones de posibilidad) como una insoslayable integración al *espíritu del siglo. Europa* era, para ellos, el *telos* de la Historia, su profundo sentido. Estar al margen de ese sentido era no existir. Hoy, esta interpretación ha sido hondamente cuestionada. *Se valoran los sentidos laterales*" (JPF, *Filosofía y nación*, Seix Barral, Buenos Aires, 1996, p. 12). Citaba entonces a Vattimo: "El hilo conductor de la historia aparece o se da sólo al interior de un acto interpretativo que adquiere validez en el diálogo con otras interpretaciones" (Gianni Vattimo, *Hermenéutica y racionalidad*, Grupo Editorial Norma, Colombia, p. 160). Se me acusó de posmoderno. De postular el *pensamiento débil* de Vattimo (algo que pronto veremos). Observemos aquí cómo funciona el subfilósofo de la periferia. Yo había escrito el libro entre 1970 y 1975. Desarrollaba en él una crítica al teleologismo y al historicismo eurocéntrico que Vattimo escasamente habría meditado todavía. Pero, en el prólogo de 1996, tuve que recurrir a un filósofo europeo, a Vattimo. Me sentía inseguro, buscaba respaldos. ¿Dónde conseguirlos sino en un europeo que, por fortuna, decía lo mismo que yo? Así funcionamos. Creemos que lo que nosotros decimos vale siempre menos que lo que dice un autor consagrado, que es, sin variaciones, un europeo o un norteamericano últimamente. Y si lo encontramos dicho por alguno de ellos... ¡ya estamos citándolo! Y lo peor (como en mi caso) aunque nosotros lo hayamos dicho antes. Vean, decimos, este sudaca tiene razón: un tipo del primer mundo dice lo mismo que yo. La cita de Vattimo me salió cara, pero hoy la recupero. Era buena. *Hasta ahí, hasta ese punto, Vattimo es utilizable*. Yo buscaba, en *Filosofía y nación*, un *sentido lateral* al de la racionalidad eurocéntrica. Lo representaron los caudillos federales y sus masas. Los derrotados por el centralismo porteño, cuyo poder se basó en la posesión del Puerto y la Aduana, impecable interpretación de Alberdi. Pero el marxismo leyó mecánicamente a Marx y trasladó al país del siglo XIX (un siglo *riquísimo* ese que tuvimos) los esquemas de la dialéctica teleológica, del decurso necesario de la civilización burguesa. Sarmiento, Mitre, Roca eran el Espíritu Absoluto penetrando en el Plata. No había *sentido lateral* posible. Buenos Aires era el progreso burgués-capitalista. Y el interior federal, el precapitalismo, el feudalismo irrecuperable *en totalidad*. Milcíades Peña, incluso, llega a decir que si Felipe Varela se hubiera adueñado del Fuerte de Buenos Aires habría tenido que hacer *lo mismo* que Mitre. (¡Y Milcíades es el más inteligente de todos! De aquí que yo lo haya elegido como adversario privilegiado. Había respeto intelectual en esa decisión.) Tan *necesario* era el proceso expansivo de la razón histórica, de la racionalidad dialéctica encarnada en la burguesía europea como clase universal. Pienso que si Varela se hubiese aposentado en el Fuerte de Buenos Aires muchos gauchos del Interior federal no habrían sido masacrados. No habría habido *guerra de policía*. Sandes, Paunero e Irrazábal no habrían recorrido las provincias a sangre y fuego. Peñaloza no habría sido sacrificado como miles y miles de otros pobres gauchos. No le habrían cortado la cabeza, no la habrían clavado en una pica y no se la habrían ofrecido a Sarmiento. Varela, en el Fuerte de Buenos Aires, acaso hubiera pactado con Gran Bretaña, pero no la habría ayudado a devastar el Paraguay. ¿Tan escasa es la diferencia? ¿Cuánto valen mil, dos mil vidas? ¿Cuánto vale el Paraguay, donde no quedó un solo hombre vivo? Habríamos tenido un país más armónico. Tuvimos una ciudad opulenta y un país miserable. La oligarquía argentina no hizo un país. Construyó una ciudad a la europea, acorde al espíritu del siglo. Después, impune, se dedicó a gozar de los ganados y las mieses. Y después, cuando vinieron los inmigrantes, la *chusma ultramarina*, hizo la Ley de Residencia y a los ácratas, a los anarco-sindicalistas (herederos de los gauchos federales) les dio Semana trágica y Patagonia trágica. Y a los cabecitas negras los bombardeó en 1955 al lema de "Cristo Vence". Y a los jóvenes de la izquierda peronista... mejor ni hablar. Será en otro texto. Además, ¡hemos escrito tanto sobre todo esto! El *sentido de la historia*, su *decurso necesario* se encarnó entre nosotros en una clase ociosa, en un ejército genocida y en un empresariado multinacional. Los "socialistas", ¿qué hicieron contra tanta atrocidad los llamados socialistas? Si creían (como creyeron) en el *decurso unitario de la historia* encarnado por la burguesía capitalista no era mucho lo que podían hacer. Más hicieron los denostados "populistas": los radicales de Yrigoyen y FORJA, los "gronchos peronistas". Los pibes de la izquierda peronista de los setenta: esos sí que los preocuparon en serio. Pero José Ingenieros, Aníbal Ponce, Héctor Agosti, Juan B. Justo y el patético Codovilla fueron ilustrados espíritus del siglo. Hombres de la caudalosa corriente del progreso histórico. Siempre al margen de las masas y cómplices del stalinismo y la oligarquía. ¡Cuánto daño hizo la lectura dogmática de la dialéctica de Marx! (*Nota:* La última y resonante aparición de este "socialismo" se produjo con el golpe institucional de Horacio Tarcus contra Horacio González por la Biblioteca Nacional. No bien renuncia Tarcus, aparece –como por arte de magia o como un plan armado de antemano– una solicitada de los socialistas Terán, Altamirano, Sarlo, Romero, con quienes hubiéramos debido ser amigos y con algunos, como Altamirano, casi lo fuimos. Una lucha entre "populistas" y "socialistas". ¡Qué disparate! León Rozitchner y David Viñas, conocidos por su vehemente populismo, respondieron el ataque y apoyaron a Horacio González. También yo y Rubén H. Ríos, siempre sospechosos de populistas; más yo que Rubén. También Eduardo Grüner –uno de los pocos intelectuales críticos que quedan en el país–, a quien, en *El Rodaballo*, acusaron de *nacionalista*. También Guillermo Saccomanno, uno de los pocos novelistas que no se refugian "en el ámbito secreto, íntimo de la 'vida literaria'". Ni Terán ni Altamirano –hasta donde sé– pusieron jamás en sus bibliografías *Filosofía y nación*. Yo habría puesto sus libros y a Terán lo cito a menudo en mis notas. En suma, la izquierda, desde su lectura dogmática de Marx, incorporó el decurso unitario, necesario, inmanente, superador –*Aufhebung*–, dialéctico del proceso histórico. A su lado: la Civilización, el Progreso, la Ciencia, la Burguesía, el Capitalismo. Puntos de vista únicos. Procesos únicos, invencibles. Como dijo alguna vez –sobre los conflictos del siglo XIX– una célebre "socialista" que ahora dice ser "republicana": "había una sola opción y hubo que seguirla". Por fin, terminan siendo socialdemócratas o elegantes columnistas del diario *La Nación*, impecable cifra del decurso unitario, colonialista de la historia. Han sido y son la cara izquierda del colonialismo. No me alegra. Ojalá hubiéramos podido unir nuestras fuerzas. Pero los supuestos teóricos que siempre manejamos, las elecciones de clase fueron excesivamente determinantes. Como sea, fue otra forma de la derrota argentina que habrá que remontar si aún podemos.)

Seguimos con Vattimo. Y seguimos concordando con él. ¿Hasta dónde lo haremos? Se verá. En cuanto al texto que seguidamente cito (con extensión), juro que lo firmo como si lo hubiera escrito Sartre en alguna de sus mejores páginas sobre el colonialismo: "Teniendo todo esto en cuenta, se comprende también que la crisis actual de la concepción unitaria de la historia, la consiguiente crisis de la idea de progreso y el ocaso de la modernidad no son solamente acontecimientos determinados por transformaciones teóricas, por las críticas que el historicismo decimonónico (idealista, positivista, marxista, etc.) ha padecido en el plano de las ideas. Ha sucedido algo mucho mayor y muy distinto: los pueblos 'primitivos', los así llamados, colonizados por los europeos en nombre del buen derecho de la civilización 'superior' y más desarrollada se han rebelado y han vuelto problemática *de hecho* una historia unitaria, centralizada. El ideal europeo de humanidad se ha manifestado como un ideal más entre otros, no necesariamente peor, pero que no puede pretender, sin violencia, el derecho de ser la esencia verdadera del hombre, de todo hombre" (Vattimo, *Ibid.*, p. 12). Bien dice Vattimo (todo el pasaje es formidable) que el europeo sólo puede imponer su ideal de humanidad por medio de la violencia. Así lo ha hecho. Recordemos el texto de Sartre, ése en que decía que Europa se había hecho a sí misma fabricando esclavos y monstruos. La violencia le era esencial al proyecto europeo de dominación. Pero las potencias colonialistas lo hicieron de dos modos: o directamente o delegándolo. Inglaterra intervino directamente en China y en la India. Pero para conseguir el algodón paraguayo armó una alianza (triple) entre Brasil, Uruguay y Argentina. Algo así como si Estados Unidos –hoy– arrasara Irak en busca de su petróleo por medio de Israel, su aliado obvio, y luego sumándole algún país de la periferia, supongamos India o Pakistán o cualquiera que aceptara participar en la aventura, convenientemente comprado, antes, por el Imperio. Pero la Guerra del Paraguay es una típica guerra del colonialismo, en la cual la gran potencia, Inglaterra, permanece entre brumas y sus aliados en la periferia hacen la tarea sucia, la más sucia de la historia latinoamericana. Paraguay también representaba un ejemplo incómodo para los países del sur que buscaban participar del *Decurso único de la historia.* No en vano Sarmiento lo llamó "la China de América". Toda la excusa se basó también en la condición de "dictador" atribuida a Solano López, lo cual era cierto pero no autorizaba a los tres países a exterminar a su *total* población masculina. O meramente a invadirlo.



LATERALIDAD: MARX Y FELIPE VARELA

La ficción consigue cosas que el ensayo no. En 1990 publiqué mi novela *La astucia de la razón* y ahí, en sus páginas, se producía un encuentro imposible que –entre otras cosas– entregaba elementos teóricos insoslayables. Marx visitaba a Felipe Varela en su campamento una hora antes de la batalla de Pozo de Vargas. "Tenía que venir", le dice. "Tenía que verlo, coronel." Varela, amablemente, le convida un mate y lo invita a ver la batalla. Marx dice que no, que no quiere ver esa batalla. Varela se asombra: "¿Tanto viajó para ni siquiera verla?". Marx le dice que no quiere ver la batalla porque está ahí para impedirla. A Varela no le gusta ese comentario. Pregunta si acaso lo ha mandado Mitre. Marx dice que no aceptaría nada de ese "general sanguinario que está tiñendo de sangre los esteros paraguayos". Varela dice que se alegra porque o se está con Mitre o se está con él. Marx dice: "La causa que me trae aquí es la causa de la Historia". Añade que está ahí para informarlo "acerca de la Historia y sus leyes". Varela se tranquiliza. Matean un rato y dialogan sobre distintas cosas. Varela no puede evitarlo y carajea contra la "civilización de Buenos Aires". Ha arrasado las provincias, dice, y está sacrificando al Paraguay. Los generales Sandes y Paunero son hienas, asesinos despiadados. Sicarios de una civilización desalmada. "Coronel –dice Marx–, esa civilización que usted llama desalmada y que, en efecto, lo es, también es, sin embargo, invencible para usted." Le informa entonces que su aliado Juan Sáa fue derrotado por el coronel mitrista Arredondo en la localidad de San Ignacio. "Los vencedores se ensañaron con los vencidos, coronel. Y los prisioneros fueron degollados." Varela dice que no le extraña. "¿Y nosotros somos los bárbaros?", pregunta. "¿Sabe usted, don Marx, qué ha dicho Wenceslao Paunero al enterarse de la muerte de Peñaloza? 'Así es la



guerra: no pueden comerse huevos sin romper las cáscaras'." Varela, luego, dice que Juan Sáa y sus hombres sabían por qué peleaban y si han muerto no importa: "Surgirán otros". "Pero no serán gauchos", dice Marx. "Serán obreros." Varela le dice que "aquí" no hay obreros, hay gauchos. Marx le pide que lo escuche: "Vea, el mismo año que le cortaron la cabeza a su jefe Peñaloza apareció en Buenos Aires el periódico *El artesano*. El primer periódico obrero de este país. ¿Me entiende? Los obreros son un fruto de la política mitrista, pero, al engendrarlos, Mitre engendra a quienes habrán de cavar su sepultura. La historia es así: cada nueva forma contiene el germen que habrá de destruirla. (...) Mitre está trayendo contra usted los mejores regimientos del frente paraguayo. Esos regimientos tienen las armas mortales del Progreso. Traen cañones Krupp, fusiles Remington. Demasiado para sus lanzas, coronel". Marx le explica que él, Varela, representa un orden económico arcaico, que su economía es artesanal, primitiva, feudal y, en suma, precapitalista. Y será derrotado "porque Mitre, con todas sus crueldades y su infinita mezquindad, es un aliado de la Europa capitalista, a la que arrojará sobre estos campos históricamente estériles. (...) Escúcheme, hay una finalidad en la Historia. Y esa finalidad dice que lo nuevo supera a lo viejo. Mitre está haciendo lo que debe ser hecho. Mitre está montado sobre el sentido de la historia. En su forma torpe, petulante, sanguinaria, él representa lo necesario. No bien haga esto establecerá el moderno sistema de producción capitalista, con sus fábricas, sus obreros y sus sindicatos. Y esos obreros, un día, derrotarán a Mitre o a sus continuadores, porque ellos son la negación, la condena del sistema que Mitre tiene la misión histórica de imponer en este país". Y eso, pregunta Varela, ¿cuándo será, cuándo esos obreros ganarán la batalla? Marx dice que no lo sabe. Pero añade que "la burguesía, coronel, engendra a su propio verdugo. Las iniquidades del general Mitre serán vengadas por los proletarios argentinos". "Cuándo", insiste Varela. Marx menea su gran cabeza: "Peleará en vano", dice. "Su lucha es imposible, coronel." Varela dice: "Permítale a este soldado testarudo, a este Quijote de los Andes, a este, según lo ha dicho usted, precapitalista, decirle una verdad: siempre, a lo largo de todas las épocas, les han dicho a los oprimidos que su lucha era imposible. También se lo dirán a sus obreros". Marx, desesperado, insiste, quiere evitar tanta sangre que será derramada en vano: "Entiéndame, Mitre tiene que triunfar *antes* para que los obreros lo derroten *después*". "Pero yo tengo que pelear *ahora*", dice Varela y le pide a Marx que se quede a ver la batalla. "No", dice Marx. "Ya sé el resultado." "Yo no", dice Varela. Marx le tiende su mano al coronel y éste se la estrecha antes de salir de la tienda para arengar a sus hombres.

Seis años más tarde, en Londres, Marx recibe la visita de un exiliado argentino. Se llama Juan Bautista Alberdi. Dialogan y Marx, que tenía prisa en hacerlo, le pregunta acerca de la batalla de Pozo de Vargas, quién la ganó. El santiagueño Taboada, hombre de Mitre, dice Alberdi. "Mucho me habría sorprendido que otro hubiera sido el resultado", dice Marx. "Fue una gran batalla", dice Alberdi. "Pelearon casi tantos hombres como en Maipú, la más gloriosa batalla de San Martín. Ocho mil hombres. Todos grandes guerreros, grandes jinetes que lucharon con el mismo coraje y la misma furia." "¿Qué fue entonces lo que decidió la batalla?", pregunta Marx. "Una zamacueca", dice Alberdi. "¿Qué?", asombrado, Marx. Alberdi le explica que una zamacueca es una música danzante muy difundida en el interior argentino. Y que Taboada, cuando vio que el rumbo de la batalla no le era adverso pero sí incierto, ordenó a la pequeña banda de su ejército tocar con estridencia la zamacueca. Sus hombres duplicaron su coraje y su furia y vencieron a los de Varela. Marx permanece pensativo. "Vea usted –dice–, los extraños caminos que elige la historia para cumplir sus designios." Se sirve un cognac y pregunta a Alberdi si bebe. "No bebo", dice Alberdi. Marx paladea su cognac. Camina lenta, reflexivamente por su escritorio. Y por fin dice: "Esa zamacueca, doctor Alberdi, era la zamacueca del progreso dialéctico" (JPF, *La astucia de la razón*, Norma, 2004, pp. 233/249. He resumido el texto.)

VATTIMO Y EL MITO DE LA "SOCIEDAD TRANSPARENTE"

Continuemos con Vattimo. La idea de historia –dice– ha sido "disuelta" por la posmodernidad. Se refiere a la historia como "decurso unitario". Pero sospechemos desde ya que el lapsus vattimiano no es serio: que se ha disuelto, ha dicho, la "idea de historia", sin más. ¿Con qué? Con "el final del colonialismo y el imperialismo". Si Vattimo, en 1990, creía que se habían terminado el colonialismo y el imperialismo era porque participaba de la fiesta optimista del fin de la historia, de los conflictos, de lo bélico. Pero hay *otra cosa* que ha determinado –de un modo conclusivo, siempre según Vattimo– el fin de la modernidad. (Que, como vimos, es el título de uno de sus libros.) ¿Qué ha sido eso? "La sociedad de la comunicación" (*Ibid.*, p. 12). Algo que Vattimo llama "la sociedad transparente". Ofrece de inmediato un resumen de su posición. Confieso aquí que Vattimo, con sus aciertos, sus errores y sus magníficos disparates, me está resultando más interesante de lo que esperaba. No lo había leído mucho por, seamos francos, creerlo un italia(nito) más que charlataneaba sobre el saber de los saberes, otro que estaba infinitamente lejos de la estatura de Gramsci. Pero veamos qué nos ofrece, entre la lucidez y el disparate: "Lo que trato de defender es lo siguiente: a) que en el nacimiento de una sociedad posmoderna desempeñan un papel determinante los medios de comunicación; b) que esos medios caracterizan a esta sociedad no como una sociedad más 'transparente', más consciente de sí, más 'ilustrada', sino como una sociedad más compleja, incluso caótica, y, por último, c) que precisamente en este relativo caos residen nuestras esperanzas de emancipación" (*Ibid.*, pp. 12/13). Preguntemos: ¿de *quién* o de *quiénes* quiere emanciparse Vattimo? Sigamos. Insiste en que la posmodernidad –al acabar con el relato único y necesario del historicismo burgués, y con el dialéctico-marxista– acaba con el colonialismo y el imperialismo pero, sobre todo, es la irrupción de los "medios de comunicación social" lo que acaba con la modernidad. "Estos medios (escribe) –prensa, radio, televisión, en general todo aquello que en italiano se llama 'telemática'– han sido la causa determinante de la disolución de los puntos de vista centrales de lo que un filósofo francés llama los grandes relatos" (*Ibid.*, p. 13). No está de acuerdo con Adorno y Horkheimer, quienes ofrecieron –en su *Dialéctica del iluminismo*– una visión pesimista de los medios considerando que ejercían sobre la sociedad el control que, en la novela de Orwell (*1984*), ejercía el omnímodo *Gran Hermano*. No. Ocurrió exactamente lo contrario: los medios de comunicación han liberado a las sociedades, las han vuelto transparentes, han desarrollado una enorme suma de "visiones del mundo", "una multiplicación general de *Weltanschauungen*, de concepciones del mundo" (*Ibid.*, p. 13). Y esto ha sido "a pesar de todos los esfuerzos de los monopolios y de las grandes centrales capitalistas" (*Ibid.*, p. 13). Vattimo se contradice con algo que ha dicho antes. Que el caos de las sociedades posmodernas opacaba su transparencia. No es lo que cree: postula una sociedad transparente, una sociedad que, en esa transparencia, basa su democracia. Sigue luciendo como un posmoderno de izquierda. Critica al colonialismo y al imperialismo. Y dice que los medios de comunicación han derrotado los intereses, sin duda perversos, de los monopolios y de eso que llama "las grandes centrales capitalistas". No quiero ironizar sobre este honesto intelectual. Mi tendencia a la ironía no siempre me juega a favor. Y sobre todo en un momento en que estoy *exponiendo* el pensamiento de alguien a quien he elegido como representante de algo. De hecho, Vattimo es la figura axial del posmodernismo italiano y uno de los más activos personajes de esta corriente. Dice que la pluralidad de "visiones del mundo" que posibilitan los medios fue una "toma de la palabra" por parte de la población. Pero no ignora que esta "toma de la palabra" no ha sido acompañada por una "emancipación política" (*Ibid.*, p. 14). Y nos dice –creo que suponiendo que lo ignoramos– que "el poder económico está todavía en manos del gran capital" (*Ibid.*, p. 14). Pero la lógica del "mercado de la información" exige que *todo* sea comunicable. Aclaremos hacia dónde vamos: Vattimo ha celebrado en Lyotard la teoría de la muerte de los grandes relatos. De ella se desprende que debe venir ahora la teoría de los pequeños. Vattimo los encuentra en la explosión de lo mediático. "Esta multiplicación vertiginosa de las comunicaciones (escribe), este número creciente de subculturas que toman la palabra, es el efecto más evidente de los medios de comunicación y es a su vez el hecho que, enlazado con el ocaso o, al menos, la transformación radical del imperialismo europeo, determina el paso de nuestra sociedad a la posmodernidad" (*Ibid.*, p. 14). Que el "imperialismo europeo" se ha transformado también lo sabíamos. Luego de "occidentalizar" la periferia en el siglo XIX (visión acertada de Vattimo que le hemos reconocido y hasta festejado) se opacó al ser reemplazado por el imperialismo norteamericano, del cual el europeo es un socio menor. Por otra parte, en cuanto al "imperialismo europeo", si bien agradecemos el acertado punto de vista de Vattimo, ya en 1970 nosotros decíamos que había impuesto en América Latina y en nuestro país un punto de vista único, el de la Civilización, y que el "marxismo dialéctico-hegeliano" había acompañado, desde la izquierda, ese punto de vista.

Sigamos con la exaltación vattimiana de los medios de comunicación, que no conviene desdeñar, pues la posmodernidad entrega una enorme relevancia a los medios, lo cual es uno de sus méritos. Veremos la cuestión desarrollada con más ingenio en Baudrillard y hasta con aciertos zonales interesantes en Lipovetsky. Recordemos que señalamos en Sartre y en Foucault una ausencia de esta temática, indudablemente porque no vivieron la explosividad que estos medios tuvieron a partir de la década del '80, por ahí. Vattimo vive en medio de esa explosión, exaltado. "El Occidente vive una situación explosiva, una pluralización irresistible" (*Ibid.*, p. 14). Algo, dice, que no se da en el "tercer mundo". Esto es muy discutible. Ya en 1990, con "la rata", como le llama Eduardo Aliverti al presidente posmoderno que supimos conseguir, los medios estallan en nuestro país, se farandulizan en la medida en que toda la sociedad lo hace al ritmo de las "privatizaciones". Vattimo no lo sabe porque nunca integró el plantel de "visitantes ilustres" que vinieron bajo "la rata". El que más recuerdo (por su falsedad ideológica y su ética oportunista) fue Alain Touraine, que elogió las privatizaciones de Menem. Y luego, en los noventa, habló pestes de su gobierno y de las privatizaciones y de las políticas neoliberales en América Latina. También Baudrillard nos visitó más de una vez. No elogió ni visitó a Menem. Lo fueron a escuchar más de quinientas personas. Si no recuerdo mal (y creo que no) el debate lo dirigió Jorge Lanata que, si bien no parecía saber mucho de filosofía posmoderna ni de los simulacros y los acontecimientos enflaquecidos baudrillardianos, era, en sí mismo, un personaje de la posmodernidad argentina. Le preguntó (era un gran momento de Lanata, cosa que no siempre) si el presidente Menem lo había invitado a visitarlo. Baudrillard dit: *Non*. Y Lanata dijo: "Porque usted no debe jugar al tenis". Durante esos días Menem jugaba al tenis con Bush padre. Luego vino Lipovetsky y no tuvo mucha repercusión. Pero esas visitas remarcan la ética y la estética del "visitante ilustre" en la Argentina. Desde el conde de Keyserling hasta Slavoj Zizek. Durante años su máxima sacerdotisa fue la inefable Victoria Ocampo, que invitó (el dinero todo lo puede) hasta al inmortal Igor Strawinsky. Pero también a nazis como Drieu de La Rochelle. Y también a ¡Rabindranath Tagore! Y escribió un texto, que publicó en *Sur*, llamado: *Rabindranath Tagore en las barrancas de San Isidro*, donde estaba su mansión. Todavía recuerdo una foto de ella y del freak oriental con su larga túnica y su larga barba. Vattimo, nunca. Vino (creo) recientemente. (Se me dice que vino antes: yo no lo recuerdo, pero todo es posible.) Y dio una conferencia muy aburrida y con algunas tibias críticas a la "globalización", algo que, aquí, cualquiera hace. Quiero decir: no necesitamos traer filósofos europeos para eso. Pero un filósofo europeo tiene una enorme ventaja sobre uno autóctono: es europeo.

Seguiremos con la posmodernidad.

el próximo domingo
CLASE N° 49
EL FIN DE LA POSMODERNIDAD (IV)